

SOBRE MORAL

"Por su función humana y social, la educación superior deberá desarrollarse dentro de claros criterios éticos que garanticen el respeto a los valores del hombre y de la sociedad".

Decreto 30 de 1980 Artículo. 12.

La moral, necesidad social.

Los tratadistas usan indistintamente los términos ética y moral. Filológicamente, la raíz griega es ética (ethos) y la latina moral (mores). La una hace referencia a concepción teórica, filosófica; la otra a actos, costumbres; es más general. En español lo moral se opone a lo físico. Así, decimos, ciencias morales y ciencias naturales.

Hasta donde alcanzan nuestros conocimientos históricos, nos parece que la vida social, está impregnada de un contenido moral. Esto significa que la moral es condición indispensable para que los hombres puedan vivir en sociedad. Toda sociedad impone costumbres. Varían hasta lo increíble las normas morales; no obstante, siempre las hay. La discusión, que nunca termina, parece residir en su origen. Para unos, su fundamento está en un principio divino, confundible con la regiolisidad, revelado al hombre en forma distinta. "Las religiones, escribió Abel Rey, que en su mayoría profesan morales del sentimiento (cristianismo, budismo, islamismo) lo refieren al menos, a una orden, a una revelación de la divinidad.

Si no llegamos a este punto, acabamos en una bancarrota". (AC. No. 10 p. 14). Estas morales han fincado todo su interés en la fundamentación revelada de sus normas, a menudo sin consideración alguna con la índole y carácter de las sociedades a que se aplican. Las iglesias se encargan de mantener su obligatoriedad.

Suponen otros, filósofos, sociólogos y moralistas que la larga variada experiencia humana, no inferior a 500.000 años ha sido capaz de lograr formas de regulación de índole moral, producto y hecho auténticamente social, apto para influir no sólo sobre grupos humanos en general, sino sobre el carácter individual de las personas. La moral tendría, por ende, un origen social, diferenciado como experiencia colectiva, capaz de evolucionar perfectamente por adaptación paulatina y aún, influjo final de la razón humana. De esta suerte, la moralidad efectiva sería un producto social que se renueva constantemente, tanto como la función que desempeña. El hecho cierto es que un código de moral está implícito en toda vida social, independientemente de la doctrinas que pretendan explicarlo, ha opinado José Ingenieros (AC. No. 9).

La experiencia moral parece diferir de la experiencia religiosa; ésta es predominantemente individual, en tanto que la primera nos parece con un contenido de fondo social. Las morales religiosas se identifican por su origen divino. Los estudiosos de la cuestión han llegado a la conclusión de que las diferencias de la moralidad provienen más que todo de las costumbres, mucho más que de preceptos. De aquí ha surgido la tendencia actual a configurar la moral como la ciencia de las costumbres.

Contar hoy con una ciencia de las costumbres, que son como la herencia espiritual de la humanidad, es esencial para establecer una regulación de las relaciones humanas en que el hombre actúa por él y para él. Por otra parte, no es menos cierta la afirmación de Don José Ingenieros: "la acción constituye el centro mismo de la moralidad y las virtudes se miden por sus resultados sociales (AC. Ibidem)". Estos, creemos, es lo que debe importarnos en nuestra

vida profesional y lo que debemos infundir en nuestros alumnos. Vale la pena reintentarlo: la acción moral como hecho individual tiene trascendencia social, aunque dejemos de lado todo contenido dogmático o doctrinario.

Ante el hecho real de la pérdida de influencia de los dogmas religiosos sobre la conducta real del hombre, no nos queda otro recurso que ahondar en el contenido moral de nuestros actos, para crear nuevas formas que dignifiquen la persona humana y sus valores morales trasciendan la sociedad, entorno en el cual vive cada quien.

Por experiencia laboral sabemos que toda acción tiene un fondo moral. Un estudio objetivo profundo nos demostrará que el hombre, viviendo en sociedad, merced a una experiencia no inferior a medio millón de años, ha ido depurando este fondo, dándole un contenido de mayor arraigo social. No hay duda de que la humanidad ha evolucionado en forma ascendente y perfectible, diríase, dentro de cierta idealidad, para ofrecernos, como lo comprobamos, códigos de relaciones humanas cada vez menos imperfectos y más aptos para ser cumplidos. A este propósito escribe Herman Nohl: "Así como en el Arte, no existe ninguna solución absoluta, y cada estilo es una nueva representación de la belleza, así para también en el terreno de lo ético: existe una abundancia de caracteres éticos y cada uno resuelve el cometido de la vida de un modo personal. Esto vale para todas las personas como para las generaciones y los pueblos" (AC. No. 11).

Ética humanística

El psicólogo y psicoanalista austriaco Erich Fromm ha puesto de presente una cierta confusión moral en nuestra época de preponderante racionalismo. La simple razón humana parece restringir su dominio sobre la dirección de la conducta moral. Quizá sea porque el dominio de lo moral, inclusive los sentimientos morales "comienza allí donde comienza el dominio de lo social", tal como lo pensó el eminente sociólogo Emile Durkheim.

Es necesario apelar a ciencias humanas o de la conducta como la psicología, la antropología, la sociología, la psiquiatría y la biología humana para comprender ciertas actuaciones del hombre, en particular, el origen y la evolución de sus costumbres. Quizá estemos próximos a configurar una nueva ciencia de estructura interdisciplinaria que podría denominarse "ciencia aplicada de las costumbres". "ciencia teórica del hombre" algo así como una ciencia aplicada al arte de vivir. Escribió a este propósito el psicólogo G. Davy "Es el estatuto de las costumbres de los grupos, a la vez, diríamos hoy en su derecho público y en su derecho privado y también en sus prescripciones religiosas, donde hay lugar para buscar la fuente y la explicación de los sentidos morales que son la repercusión en las conciencias de todos esos imperativos sociales y de las sanciones que se unen a su transgresión". (AC. No. 4).

Sólo conociendo la historia del hombre y la de cada persona en particular es posible llegar a diagnosticar en unos casos y hasta pronosticar, en otros, la conducta a seguir en determinada "Circunstancia". Es evidente que todo acto humano tiene su explicación. Dentro de esta concepción la virtud del hombre sería algo como el conjunto de cualidades que es característico de la especie humana, mientras que la virtud de cada persona es individualidad única, según el pensamiento de Fromm, que sintetiza así: "Para resumir: lo bueno de la ética humanística es la afirmación de la vida, el despliegue de los poderes del hombre. La virtud es la responsabilidad hacia la propia existencia. Lo "Malo" constituye la mutilación de las fuerzas del hombre; y el "vicio" es la irresponsabilidad hacia uno mismo". (AC No. 6).

Dentro de una concepción puramente humanista, es decir, social, de la moral, ciertos hechos que se convierten en compromisos ineludibles, llegan a ser normas para la conducta social del hombre. Para entender esta situación debemos tener una idea mucho más amplia de lo que comúnmente aceptamos como sociedad. La concepción la hallamos en Durkheim, cuando escribe: "Pero la sociedad es otra cosa; es ante todo un conjunto de ideas, de creencias,

de sentimientos de todas clases que se realizan por los individuos; y en el primer puesto de todas esas ideas se encuentra el ideal moral que en su principal razón de ser... Una sociedad es un intenso foco de actividad intelectual y moral y cuya irradiación se extiende a lo lejos". (Citado por C. Davy - AC Ibidem).

Conciencia humanista

Quizá sea la propia voz de nuestra conciencia, no necesariamente el trasunto de una revelación a la cual estamos obligados a entender que al contrariar sus dictados nos llena de pavor.

Sentimos profundamente que en cada uno de nosotros actúa una fuerza que tras una experiencia de milenios adquiere la condición de ley de nuestra conducta. Podemos reconocer a la conciencia como la voz del espíritu que nos anima, como la experiencia social que ha permitido su progreso social que la historia nos da lugar a comprobar. Ferdinand Alquier sintetiza la índole de este proceso humano en cuanto al progreso en las ideas morales en las siguientes palabras, que traducimos textualmente:

"Se puede, en fin, preguntarse si hay progreso en las ideas morales. En este caso, la historia de las ideas morales muestra que lo ha habido en el curso de la evolución:

Especificación de la moral (es así como la moral se separa poco a poco de las reglas puramente religiosas y se apoya sobre bases humanas).

Espiritualización de la moral (Ha llegado a ser interior. En las sociedades primitivas solamente cuenta el Acto, Nuestros juicios morales, se emiten a menudo sobre la *Intención*).

Individualización de la moral (En los clanes primitivos no existen deberes sino para el grupo. En consecuencia, el individuo llega a ser sujeto de derechos, cuando la persona aparece como respetable e inviolable).

Universalización de la moral (El primitivo no tiene deberes para con los extranjeros. Nosotros, por el contrario, sentimos deberes para con todos los hombres. Además, las reglas morales admitidas en los diferentes grupos tienden a uniformarse (AC No. 1-t. 2 p. 62).

El hombre, pues, si se quiere, la persona humana, adquiere la mayor dimensión en el mundo de lo moral. "La conducta es siempre, escribe Aloys Muller, la conducta de una persona y como toda conducta moral trata, en último término, de la intuición de un valor; es la persona el verdadero depositario de los valores". (AC. No. 10). La conciencia moral señala a la persona la obligación moral, le confirma la necesidad de someterse a la sanción ya como elogio, ya como castigo.

He aquí algunos hechos que en nuestra vida universitaria perfilan ese ámbito moral que perseguimos en nuestra formación humana.

1. Nuestros juicios morales nos inducen a vivir de la mejor manera posible en el seno de esta sociedad que es la universidad, en medio de personas. Nuestra norma de vida es buscar de la perfección de nuestros actos y mediante ellos, el progreso social. Para lograrlo es indispensable la reflexión más profunda sobre nuestro comportamiento.

2. En la universidad asistimos a una concepción diferente de "hombre honrado"; está forjada por el hombre que subordina el placer a los fines superiores que persigue, trata de vencer noblemente las obligaciones corrientes, mantiene un ideal probado por los hechos y, en fin, piensa su vida de modo activo y eminentemente útil a la sociedad.

3. La capacidad aún no bien apreciada de nuestra conciencia moral, en nada diferente de nuestra conciencia psicológica, nos revela, por virtud de intuición emocional, los valores implícitos en toda vida social. Cada uno de nosotros elabora su propio código moral

que es expresión íntima de lo que vale nuestra persona, dentro de la esfera, aún indefinible y profunda de nuestra vida sentimental.

4. La verdadera moral nos incita a afirmar la vida y a desplegar los poderes adquiridos. Es parte de la responsabilidad que llega al compromiso de poner en juego nuestra productividad en beneficio de sí mismo y de los demás. La universidad es la escuela que perfecciona esta desideratum.

5. La moralidad está implícita en toda vida social, independientemente de las doctrinas que pretendan explicarla. La universidad no está exenta de esta condición que rige todas sus actividades. Todos sus participantes son personas responsables de su propio cometido.

6. La experiencia histórica nos muestra que los hombres que han estado más cerca de la verdadera libertad han sido aquellos que supieron unir la virtud al discernimiento. Algo semejante es lo que debemos ofrecer a los jóvenes que confían en nuestra capacidad de dirección de su vida.

7. En nuestra vida corriente de profesores nos sentimos cualitativamente distintos de los demás. En cada uno de nosotros aflora nuestra individualidad que es la fuente de nuestra productividad, y ésta la razón de nuestra actividad transitiva. Defraudarla sería tanto como traicionar nuestro compromiso social.

8. Nos damos cuenta de que cada uno de nosotros desarrolla su propio mundo. Esto no podemos olvidarlo al dar nuestras lecciones. En cuanto lo hayamos logrado como profesores, podremos proyectar esta situación sobre los demás. Es decir, estaremos en capacidad de formar individualmente a nuestros discípulos.

9. No hay una medida de formación que convenga a todos nuestros alumnos por igual. Esta es una consideración verdaderamente honesta.

10. Función primordial del profesor es penetrar la verdad y ponerse a su servicio. Aldous Huxley escribió con gran clarividencia: "Un hombre con inteligencia y sabiduría no sólo puede lograr su propio esclarecimiento, sino también puede ayudar a toda una sociedad a considerar sus problemas más importantes que se relacionan con sus costumbres". (AC. No. 8). Esto se aplica muy bien al profesor universitario.

11. En el seno de la universidad se destacan virtudes de alto contenido moral que fundamentan su vida como institución social. Hélas aquí:

- La vida humana es un bien inapreciable cuya defensa embarga todas las actividades de la institución.

- Unas de sus más caras aspiraciones es contribuir al logro de la justicia social.

- Toda acción encaminada al mejoramiento de la condición humana se enmarca dentro de un amplio propósito de perfección no logrado aún.

- El desarrollo de solidaridad debe ser uno de los pilares de la acción universitaria en pro de la sociedad.

- La confianza en el esfuerzo personal es prenda de progreso social y reconocimiento de la calidad humana perfectible.

- La investigación de la verdad es uno de los cometidos de la universidad. Para ello debe con todos los elementos institucionales, financieros y humanos. A este propósito escribió Hermann Nohl: "Allí donde nos sentimos dentro de la verdad y donde no existe contradicción entre la realidad y conciencia, nos sentimos enteramente seguros y superiores a todo de lo que fuera nos pueda afectar". (AC. No. 11).

- En la universidad se estrecha un vínculo entre ésta y la profesión, por intermedio de los profesores, los alumnos y el contenido de las ciencias. Solo la verdad puede garantizar esta relación.

Sentido de responsabilidad

La docencia universitaria es una profesión que conlleva en quien la ejerce plena conciencia de las acciones que ejecuta y las consecuencias que ello implica. Supone cabal poder personal de actuar, lo que equivale, en síntesis, a la libre determinación voluntaria, deliberado propósito de influir sobre los discentes, para promover los cambios en ellos. Solo de esta manera, pensamos, se convierte en acción responsable. Es, por consiguiente, mucho más trascendente que el simple propósito de transmitir conocimientos. Asumir plena responsabilidad en la docencia significa, para nosotros, hacer vivir estas condiciones a los alumnos quienes así aprenden de sus maestros la manera de actuar atentos a una sanción interior que es siempre estimulante.

Quien persiste en la ardua tarea de enseñar algo a sus discípulos, desde esa posición no claramente definida del aula universitaria es un hombre, una persona cuya actuación tiene valor profundamente humano que le otorga validez espiritual: sentirse moralmente responsable.

Aquí lo humano tiene una calidad excelsa, superior al contenido de la verdad científica de cualquier acierto que la ciencia pueda ofrecernos. Es el hombre actuando directamente sobre el hombre, con un propósito deliberado de cambio interior. Esta calidad de fondo moral de la profesión docente es insustituible y se trasmite, en cuanto actitud deseable, precisamente a quienes han elegido una profesión a la cual han de consagrarse de manera estable y de cuyo ejercicio derivarán su subsistencia. Toda profesión tiene, un primer lugar, un fundamento moral, como que la ejerce una persona y afecta a muchas otras. La jerarquía y dignidad del ejercicio profesional están garantizados, en gran manera, por la prestancia y valor humano del profesional.

No hay que olvidar, por otra parte, que toda profesión es una respuesta a una demanda de la sociedad en proceso de cambio y al

propio tiempo una manera honesta de vivir el individuo merced a su ejercicio. Todos estos hechos condicionan la formación profesional: sentido social y responsabilidad personal; ciencia y deber. Para lograrlos se requiere discriminada formación en cada actividad académica de la universidad. Es un engranaje razonablemente previsto para hacer de cada persona un profesional eminentemente responsable, digno de entera confianza.

La formación del profesional es una delicada tarea en que toda la acción está basada en el hecho futuro cierto de que el ejercicio merecerá el elogio o el reproche del público, sanción que depende, en mucho del acierto previo en la escogencia, de la identificación con las tareas sociales adecuadas a cada profesión y del valor humano del profesional en presencia de las demandas sociales.

El primer compromiso del profesional con la profesión seleccionada, en la época actual, estriba en la necesidad de actualización tecnológica, la adopción de nuevas formas de trabajo de acuerdo con los cambios sociales y las formas de organización de las diversas instituciones que emplean profesionales. La universidad debe ofrecer variadas perspectivas, cuya conveniencia resulta del ajuste del joven profesional a su profesión.

La responsabilidad ante sí mismo, como persona consciente, ante la sociedad, en cuanto participa de ella, ante el Estado que garantiza el Derecho, garantía de experiencia, ante la ciencia y la tecnología por su aplicación adecuada, todo esto debe tomarlo en cuenta el profesor universitario.

Fe en el hombre

No lo aludimos a la fe fincada en alguien o en algo que trasciende nuestra propia experiencia. Eso corresponde al fuero íntimo de cada persona. Nos referimos a la *fe racional*, firme convicción basada en actividades productivas del hombre, que se sustenta en factores intelectuales o emocionales. Es la fe que nos

mantiene convencidos de lo que se afirma en toda la historia de la ciencia. Tiene su fundamento en la experiencia humana, en las aplicaciones científicas, en las leyes que rigen los fenómenos.

La historia de la ciencia está saturada de actos de fe en la capacidad del hombre para descubrir, inventar, deducir, inducir. No nos es posible comprobarlo todo por nosotros mismos. De aquí la fe en nosotros y en el resto de personas que en alguna forma nos afectan por su rectitud, sus antecedentes, su personalidad. Y esta actitud de *buena fe* se trasmite constantemente a nuestros alumnos. Es parte de nuestra manera de actuar y elemento formativo en ellos.

Diríase que la *fe en el hombre de bien* es un postulado moral que tiene su valor consagrado en la universidad, la vida del profesor debe ser una demostración palpable de buena fe que se trasmite a los alumnos.

La fe en nosotros mismos y en los demás que se la merecen es la fuerza que nos impulsa a actuar, a obrar conscientemente bien, al decir de Erich Fromm. Es un modo de ser que debemos propiciar en nuestros alumnos. La fe en nuestro propio yo nos ayuda a evadirnos de la fe irracional y nos conduce a afirmar nuestro íntimo sentido de productividad.

Tener fe en nosotros mismos cuando intentamos influir sobre nuestros alumnos es condición básica para descubrir racionalmente nuestras potencialidades apenas entrevistas. Esta actitud debe transmitirse a nuestros alumnos, diríamos, casi individualmente, en consideración a su personalidad, porque es una de las bases de la solidaridad humana.

Poder de invención, ingeniosidad

A simple vista, nada tiene que ver con la ética del ejercicio docente. Empero, no es así. Hay evidentemente en el hombre un poder de invención, de ingeniosidad que, en cierto modo, se extiende

a la imitación. Es algo que incide sobre la productividad, condición actual de primordial importancia, para participar constructivamente en los procesos de desarrollo económico y progreso social. En cierto sentido se asimila a la capacidad de innovar. Todo esto tiene que ver con la formación profesional. Hay en ello mucho sentido de responsabilidad en cuanto al imperativo moral de poner en juego todas las potencialidades para lograr un hombre completo al servicio de sí mismo y de sus semejantes.

Dominar una profesión es una empresa cada vez más difícil, debido al progreso de la ciencia y la aplicación más generalizada de tecnologías. Alcanzar la madurez profesional es un empeño que se inicia en la universidad y continúa de por vida. Todo depende de la amplitud de fines que se asignen a este propósito ciertamente humano y por tanto de gran significado moral y social.

La inmadurez inicial se vence en tanto que la participación individual en proyectos, permite el libre juego de cada persona, la sujeción a fines definidos con anticipación, la tolerancia justa a las desigualdades individuales, la oportunidad para ensayar, cometer errores y poder rectificarlos.

La adquisición de experiencia comprobada en la solución de problemas es un requisito de formación profesional que estimula la creatividad y sostiene el interés por elevar la productividad. Es condición promovida por la civilización actual. Mira al hombre indispensable para enfrentarse a las dificultades crecientes de la vida moderna. Es preciso tener en cuenta que esta actitud debe ser característica del profesor actual para poder ser transmitida por medio de las actividades que promueve constantemente.

Hay en todo lo anterior una serie de actitudes de fondo moral que de pronto no vemos con gran claridad. Existe un compromiso tácito en formar al profesional para el momento actual y un futuro próximo ya entrevisto.

Ciencia y moral

En el ámbito universitario acontece a veces que la atención a la ciencia demerita la estimación del hombre y sus valores morales. Empero, las ciencias del hombre que son eminentemente evaluativas de su conducta, señalan un camino, orientan la conciencia, definen, hasta cierto punto, la ciencia de la moral por su contenido histórico, su íntima relación con las costumbres, sus análisis de los fenómenos sociales y su proyección sobre la persona.

Las ciencias humanas no pueden ser neutrales respecto de las reglas de la moral que ellas mismas han contribuido al formular. Así lo confirma el pensamiento de hombres de ciencia como Mario Bunje, cuando escribe: "la ciencia abandona la neutralidad ética cuando estudia no ya fenómenos naturales sino objetos bio-psicosociales como son las necesidades, los deseos y los ideales de los hombres, así como los medios de satisfacer unos y otros". (AC. No. 3).

La investigación científica, cualquiera que sea su ámbito tiene un límite fijado por el respeto y garantía de la vida humana. La seguridad social está basada en códigos morales. Los medios de comunicación masiva tienen en su aplicación y uso limitaciones de carácter moral. El condicionamiento científico en sus aspectos tecnológicos esta fijado en algunos casos con estricto rigor por normas morales recientes.

Ciencia y moral no se oponen. Se condicionan mutuamente. Pero, se trata de una moral de índole científica, de fonfo humanista, adecuada a la vida actual en la cual los científicos, los administradores, los ingenieros manejan las riendas de la vida actual. Normas de relaciones humanas viables en la antigüedad y aún en la Edad Media hoy nos parecen esCuetas. La moral ha evolucionado como ciencia, adaptándose a las necesidades del mundo moderno, sin perder su vigencia. Es el hombre quien ha configurado la nueva ciencia moral, fruto de larga experiencia y honda meditación.

Autores citados

ALQUIER, Ferdinand, -*Lecons de Philosophie* - T. 2- Henri Didier - Paris.

ANZOLA G. Gabriel, *Lecciones de Psicología*. Texto para Bachillerato - Editorial Santafé - Bogotá - 1944.

BUNGE, Mario, *Ética y Ciencia* - S.R.

DAVY G., *Los sentimientos sociales y los sentimientos morales*. Nuevo tratado de Psicología - G. Dumas Tomo VII Buenos Aires - 1954.

FARIA, J. Rafael, *Cosmología y ética*. Editorial Voluntad Bogotá. 1960.

FROMM, Erich, *Ética y psicoanálisis* - Fondo de Cultura Económica - México 1953.

GUARIN, G., *Cómo estimular la creatividad*. Trad. El Tiempo - Bogotá. 1986.

HUXLEY, Aldous, *El fin y los medios*. Colección Sur - Ed. Suramericana - Buenos Aires 2a. Ed. 1940.

INGENIEROS, José, *Hacia una moral sin dogmas* - Buenos Aires 1940.

MULLER, Alys, *Introducción a la filosofía*. Espasa Calpe. Buenos Aires. 1940.

NOHL, Hezman, *Introducción a la ética*. Breviarios - Fondo de Cultura Económica - México - 1952.

REY, Abel, *Ética*. Ediciones de la Lectura - Tradi, Madrid 1915.

SCHELER, Max., *Ética* - 2T. Revista de Occidente - Madrid 1941. Trad.